“Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano

Buendía había recordado aquella tarde de remota en que su padre lo llevó a conocer

el hielo.

Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava

construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitan por un lecho de

piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos.

El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre y para mencionarlas había que señalarlas con el debo.

Todos los años por el mes de marzo, una familia de gitanos desarrapados plantaba su carpa cerca de la aldea y con un gran alboroto de pitos y timbales daban a conocer los nuevos

Nota: Fragmento extraído de la novela “Cien años de soledad”